

colección  
**ESTRELLA NEGRA**





Daniel Pérez Morales

# Sin aire

(ACER NIGRUM II)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n°8 —

MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DANIEL PÉREZ MORALES

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Idea y dirección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Cubierta © Absurda Fábula, sobre ilustración de Anna Ismagilova  
Fotografía del autor en solapa © : Ana Pérez

Primera edición: Mayo 2015  
I.S.B.N: 978-84-944036-0-6  
Depósito legal: M-16012-2015  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*A David*



*Una araña paciente y silenciosa,  
vi en el pequeño promontorio en que sola se hallaba,  
vi cómo para explorar el vasto espacio vacío circundante,  
lanzaba, uno tras otro, filamentos,  
filamentos, filamentos de sí misma.*

WALT WHITMAN





## I

—¿Julia? ¿Julia?

La mujer menuda de rasgos orientales estiró el cuello y trató de encontrar a la muchacha siguiente de su lista. Unas cortinas grises separaban el almacén del resto del *backstage*, por el que deambulaban decenas de modelos vestidas con un albornoz blanco. Delgadas como alambres, pálidas como la leche y con insólitos tocados, las modelos parecían una suerte de sacerdotisas de algún culto iniciático. La asiática volvió a ajustarse los auriculares en la cabeza. Esperó instrucciones. Continuó pasando lista y asignando los turnos que determinaban el recorrido por la pasarela.

—De acuerdo, última llamada para Julia, ¿dónde está Julia?  
—preguntó la mujer, antes de pasar a la siguiente.

—Está en el baño —advirtió una voz anónima que se alzó sobre el barullo.

—Menudo momento para irse al baño. ¿Helenna? ¿Dónde se ha escondido Helenna? Helenna, tú subirás en cuanto Lucie termine su desfile.

La joven asintió con frialdad. Instantes después esa misma chica se retocaba el cabello cardado frente a un espejo rodeado de una hilera de bombillas. El *backstage* era una locura. Las modelos no dejaban de parlotear, al diseñador Gaby Zisko le había dado un ataque de histeria y a un par de operarios se les acababa de caer la escalera plegable desde la que reparaban un foco. Un trío de reporteras lo fotografiaban todo sobre el *show business* de la moda. Inmortalizaban cada instante, a cada bella modelo, a cada diseñador que atendía a las cadenas locales de televisión o a

cada maquillador mientras perfilaba unos labios. Las reporteras ya tenían suficientes instantáneas como para rellenar las cien páginas de un número especial sobre la Semana de la Moda en Montreal.

Rodeada de compañeras manifiestamente más jóvenes que ella, Lucie se preguntó si se estaba haciendo vieja. Había pasado por muchos buenos y malos momentos desde que comenzó en el negocio. Habitualmente no pensaba demasiado en ello, hasta que se sumía entre todas aquellas promesas de la belleza y confirmaba que ya no se sentía reflejada en ellas. Las debutantes, plenas de entusiasmo, parecían dispuestas a comerse el mundo.

Lucie saludó a su peluquero frotándole la calva brillante y redonda. Él respondió con una sonrisa. Volvía a preocuparse por su salida a escena cuando un foco la deslumbró. Tocaba la sesión de maquillaje. Los focos y los secadores de pelo la asaban de calor. Una mujer gruesa vestida de negro desplazó a su lado un carrito repleto de pinceles y brochas.

—Menudo jaleo, ¿eh? —comentó la maquilladora, al tiempo que le aproximaba las manos al rostro.

Lucie asintió. Miró de soslayo a Gaby Zisko, que no dejaba de mover perchas de un lado a otro. Aquel respetado y menudo diseñador no conseguía tranquilizarse. Impartía instrucciones a voces. Estaba de mal humor.

—¡La colección de verano va delante y los vestidos de noche detrás! —gritó—. ¿Es tan difícil de entender? Así es como está escrito en este papel, ¿es que no sabes leer?

Base de maquillaje. Polvos. Sombra de ojos. La maquilladora aplicó colorete sin dejar de sonreír. Lucie sintió un nudo en el estómago. Parecía mentira que se pusiera nerviosa después de haber desfilado tantas veces.

Alargamiento de pestañas. Lápiz de labios. La maquilladora examinó el rostro angelical de Lucie. Demasiado natural aún, demasiado cándido.

—Creo que habrá que darle un toque más impactante —presumió la maquilladora, armándose con una barra de labios de un color rojo intenso.

Lucie sonrió a medias. No había transcurrido tanto tiempo desde que perdió la esperanza de volver a desfilarse. Casi había olvidado el camino que había recorrido para llegar hasta allí.

Todo comenzó el día en que un fotógrafo llamado Steven Frey la descubrió mientras trabajaba en una tienda de ropa de segunda mano en el centro de la ciudad. Ella siempre había pensado que su futuro consistiría en cursar estudios de odontología, pero Frey, además de tirársela, la convenció para que tentara la suerte en el mundo de la pasarela. Frey aseguraba que todos los contactos necesarios para triunfar comían de su mano, y puede que no fanfarroneara. Antes de seis meses, Lucie ya había sido portada del Fashion Toronto y había protagonizado campañas para Vera Wang, Miu Miu o Holt Renfrew. Su carrera se disparó. Incluso consiguió un pequeño papel secundario en la película «Las arenas de Durham», que llegó a estrenarse en el festival de cine independiente de Sundance. Fue durante ese rodaje cuando Lucie conoció a Rob Deyn quien, accidentalmente, se convirtió en el involuntario padre biológico de su única hija, su bebé. Lucie se preguntó dónde estaría metido Rob. Hacía tiempo que no sabía nada de él.

El embarazo y posterior maternidad se convirtieron en un infierno. Su historia de amor con Deyn, o lo que fuera aquello, fracasó estrepitosamente a los dos meses de conocerse. En consecuencia, su madre quería que abortara, porque no soportaba la idea de que Lucie criara sola a su nieta. La presionó mucho al respecto, tanto que dejaron de hablarse durante semanas y la relación entre ambas estuvo a punto de romperse. Cada llamada telefónica se convertía en un intercambio de gritos y reproches. A pesar de tanta pelea familiar, Lucie siempre tuvo claro que iba a ser madre.

Sintió verdadero pánico ante la posibilidad de que no llegara jamás a conocer a la criatura que crecía en su vientre. Una preciosa niña llamada Nadine vino al mundo un catorce de marzo.

Después del parto, Lucie se sometió a los inevitables esfuerzos por recuperar la figura. Gimnasio, pilates, dietas diabólicas, yoga, libros de autoayuda o incluso la acupuntura que le recomendó una amiga. No lo conseguía. Nada parecía servir para recuperar sus medidas y su peso anterior al embarazo. Maldito metabolismo y maldita retención de líquidos. Volvió a fumar. Durmió mal. Comió peor. Recurrió a los somníferos, a los ansiolíticos y a los diuréticos. Contrató a una terapeuta que no consiguió liberarla de su penosa caída en la depresión. Nadie le había advertido lo complicado que podía llegar a resultar eso de ser madre soltera y modelo. Su familia no la ayudó en la medida que esperaba y en la agencia para la que trabajaba la trataron como a una apastada. Su representante anterior llegó a decirle que tenía un serio problema con los pliegues del abdomen. Dejó de sonar el teléfono. Perdió contratos. Buscó trabajo de cualquier cosa. Cayó al fondo.

Ya convencida de que su carrera profesional se había hundido para siempre, apareció el diseñador Gaby Zisko para rescatarla. Zisko era el único hombre de su círculo más íntimo al que jamás se le pasaría por la cabeza meterse con ella en la cama. Además de un buen confidente, Zisko aún atesoraba la influencia suficiente como para conseguirle pasarelas y sesiones fotográficas. Hizo unas cuantas llamadas, pidió unos cuantos favores y devolvió a Lucie a la vida. No precisó de mucho más. Hoy por ti y mañana por mí. Una nueva agencia la contrató y le ofreció a Lucie campañas cada vez más importantes, hasta que recuperó de nuevo el hueco en la industria que nunca debió abandonar. Y allí estaba, un año más, lista para desfilarse nada menos que en la Semana de la Moda de Montreal, hecha un manojito de nervios.

—Lista, cariño —anunció la maquilladora—. Los vas a deslumbrar.

Sonaron los primeros compases de «Piece of Me», de Britney Spears. Ella tamborileó los dedos sobre un perchero. Se miró de arriba abajo frente a un espejo. Zisko se aproximó a ella y le besó la frente.

—Cómete el mundo, guapísima —la animó—. Estás divina. Te quiero.

Es tu turno. Vamos, Lucie, acaba con ellos, se dijo a sí misma. Regresa a las portadas. Demuestra de lo que eres capaz. Has trabajado mucho para llegar hasta aquí. Como decía tu padre, el secreto de la vida es el tesón. Esta es tu segunda oportunidad. Haz que el esfuerzo valga la pena.

Se estiró el faldón de la americana que llevaba puesta sobre una ropa interior de encaje. Un conjunto demasiado atrevido para sentirse cómoda con él. Por un instante, padeció el peor de los males de una modelo, sentir pudor de su propio cuerpo cada vez más imperfecto. Alejó de la mente cualquier pensamiento desalentador que menoscabara su confianza. Era o todo o nada. Ascendió los tres escalones de madera que conducían hacia la pasarela.

Se abrió el telón. Pisó con seguridad. La música a todo volumen en los altavoces. Un pie delante del otro, un levísimo balanceo de la cintura.

Detenerse. Mirar a un lado y mirar hacia el otro. Doblar ligeramente la rodilla y posar una mano sobre la cintura. Mantener la mirada al frente y llevarse un dedo a la boca. Una pose sugerente para deleite de todos los rostros anónimos que se ocultaban tras la penumbra de la primera fila. Una ráfaga de flash la deslumbró. Era su momento. Quién se lo iba a decir hacía tan solo unos meses.

\*            \*  
\*

En aquel viejo cine no siempre se proyectaron películas pornográficas. Fue a finales de los sesenta cuando un empresario adquirió la sala enclavada en el corazón del barrio judío para convertirla en un cine de adultos. Un enorme rótulo en rojo sobre fondo amarillo señalaba el Cinema Savoy. Junto a la taquilla había un neón rosa y un cartel con el horario semanal de la cartelera. A las ocho de la tarde de cada martes comenzaba la doble sesión de cine gay.

Un supuesto espectador se detuvo junto a la taquilla. El taquillero estudió el aspecto del tipo. Conocía a los clientes habituales, pero a este no lo había visto con anterioridad. Por el cine se dejaban ver solterones salidos, parejas liberales, turistas curiosos y homosexuales en busca de un ligue. Pero el recién llegado no encajaba en absoluto con el paisaje del lugar. Tenía el cabello largo y negro, la cara repleta de cicatrices y un pasmoso desinterés por recoger su entrada. Parecía mala gente. Tal vez era alguno de esos homófobos fanáticos que iban por ahí dando palizas a los gays.

Olía a humedad y a secreciones humanas en el vetusto pasillo del local, decorado con sillas de madera rotas y butacas de terciopelo raídas. Las paredes habían sido empapeladas con carteles promocionales de algunos éxitos recientes de la industria del porno, «Surferas calientes» o «Una broker de bolsa insaciable». En lugar de un bar, había una serie de máquinas expendedoras de refrescos, galletas, chocolatinas y preservativos.

Oscuridad en el interior de la sala de proyección. El individuo se adentró entre el mar de butacas alumbradas a ráfagas por la pantalla, al tiempo que escuchaba los roncros gemidos masculinos que escapaban los altavoces. Distinguió una sala medio vacía. Tropezó con envoltorios de toda clase desparramados por el suelo. En la pantalla, la escena de un joven esmirriado y arrodillado al que daban caña un par de armarios peludos, uno de ellos bastante gordo. El

recién llegado echó un vistazo alrededor para ver qué se cocía por allí. Con tan escasa clientela, uno se preguntaba cómo sobrevivía un negocio así. Un anciano se abrazaba y se besaba con un muchacho imberbe. Tres o cuatro cabezas contemplaban las escenas de la película en las primeras filas. Cerca de él, unos hombres se susurraban palabras cariñosas al oído. No había llamado la atención de nadie y el tipo se felicitó por ello en la oscuridad.

Se dirigió hacia la mitad de la sala. Un muchacho con una gorra de béisbol, un collar de oro y una camiseta de tirantes era el único espectador de toda la fila nueve. El hombre se aproximó a él y se sentó al lado. En cuanto el joven advirtió su presencia, se revolvió en el asiento y brindó una sonrisa al extraño, señal inequívoca de que había sido bienvenido. Allí había tema.

—Podemos ver la película juntos, si quieres —dijo el joven.

En la pantalla, los grandullones parecían haberse decidido de una vez a sodomizar a su muchacho. Lo arrojaron contra un sillón y se turnaron con él. El joven de la gorra perdió interés por la película y se concentró en su nuevo ligue. Lo evaluó con atención. No lo había visto antes por ahí. Se agradecía carne nueva y fresca de vez en cuando.

—Me alegra que te hayas sentado aquí, conmigo —celebró el chico.

El desconocido contempló la pantalla como si no hubiera oído nada.

—Me encantan los hombres misteriosos —insistió el joven—. ¿Cómo te llamas?

—Noah Page.

Después de haber observado durante un buen rato a hombres con hombres, el joven tenía ya una excitación de caballo. Y la fortuna le había sonreído arrojándole al lado a todo un macho de melena negra, ojos rasgados, rostro curtido y mirada poderosa. Adivinó unos músculos tostados, vigorosos y tatuados bajo su

camisa de cuadros. Aunque no era un tipo precisamente guapo, era el macho más viril con el que el joven se había topado en aquel tugurio de almas deseosas y perdidas. El joven se introdujo la mano bajo el pantalón y se frotó la entrepierna. Después se llevó a la boca un puñado de palomitas de maíz y unas cuantas se desparramaron sobre el asiento. No dejaba de imaginarse de todo con el desconocido.

—¿Y qué es lo que buscas por aquí?

—He venido a buscarte a ti.

—Eso me suena muy bien... —admitió el joven—. Me gusta que seas un hombre decidido. ¿Y qué te gusta hacer? Yo adoro chupar.

Su fantasía erótica concluyó en cuanto el desconocido extrajo del bolsillo de la cazadora una placa policial.

—Tu nombre es Roch Dufresne, ¿no es cierto? —preguntó.

—¿Cómo lo sabes? —el joven retrocedió, desconcertado.

—Eres sospechoso de asesinato, de modo que tendrás que acompañarme a las dependencias policiales —propuso Noah con amabilidad—. Vamos, salgamos de aquí. Cuanto antes acabemos con esto, mejor. Nos espera un coche patrulla fuera, en la esquina.

—Oh, mierda, no me jodas ahora, la tengo durísima.

—No te preocupes. En la comisaría tenemos de todo. Allí podrás disfrutar de una ducha de agua fría.

\* \*  
\*

La fiesta privada alcanzó su esplendor. En la primera planta del hotel Gleason, los camareros ofrecían a los invitados delicados aperitivos. Una enorme pantalla de plasma emitía diversas grabaciones del desfile. Lucie aceptó, no sin sentirse un poco culpable, un canapé de paté de oca.



—¿Te diviertes? —preguntó Lucie a su acompañante.

Mathieu esbozó una sonrisa agrí dulce.

—Es curioso —meditó—. Estoy convencido de que jamás me acostumbraré a tus compromisos sociales. Pero, por otro lado, debo admitir que despiertan mi curiosidad. Observa a tu alrededor, cielo. Esto está infestado de gente estafalaria y fascinante. No puedo dejar de mirarlos. Así que gracias por invitarme.

—¡Lucie! —los interrumpió una estridente voz de hombre.

Quien se abría paso entre unos ficus decorativos era Thomas Silvestre, el diseñador de joyas y complementos, un individuo de cabello cano, con gafas de pasta y un traje de lana. Todo el mundo de la moda sabía que Silvestre no tenía ni la menor idea de diseño, pero sí un ojo clínico para los negocios, para venderse a sí mismo y para contratar a jóvenes con talento recién salidos de la facultad a cambio de un puñado de dólares.

—Lucie, ¡cuánto tiempo! —exclamó Silvestre—. No hacía más que mirar a un lado y a otro entre toda esta gentuza para ver si te veía. Me preguntaba si esto es una fiesta de *FashionMag* porque en ella no podía faltar la chica más guapa que ha posado en sus páginas. ¿Quién tiene el placer de acompañarte?

—Te presento a Mathieu —dijo Lucie—. Es arquitecto. Trabaja en la oficina de Bill Saberhagen.

—¿Saberhagen es ese tipo que ha construido el nuevo edificio del museo de arte contemporáneo?

—Eso es.

—Un visionario. Siempre pensé que ese hombre era un visionario —aseveró Silvestre, antes de estrecharle la mano a Mathieu—. Encantado de conocerlo. Debe de ser maravilloso acompañar a una mujer como Lucie. No sabe cuánto le envidio. ¿Le ha contado cómo nos conocimos? Tiene bastante gracia. Los dos residimos en Montreal, vivimos a solo unas manzanas el uno del

otro, pero nuestros destinos tuvieron que cruzarse por primera vez en Nicosia, Chipre.

—¿Chipre? —inquirió Mathieu, extrañado.

Lucie agitó la cabeza en señal de desaprobación. Silvestre le contaba la misma historia a todo el mundo.

—Eso he dicho, Chipre —insistió Silvestre—. Lucie participó en una sesión fotográfica para una colección de verano de mi firma.

Mathieu consiguió esbozar una sonrisa de cortesía. Lucie se abrazó a él, decidida a reconducir la conversación. Silvestre no era un mal tipo pero podía llegar a comportarse como un auténtico pelmazo.

—Me ha encantado tu catálogo de esta temporada —dijo Lucie.

—Plata texturizada —explicó Silvestre—. Ese es el futuro. La plata texturizada sobre las prendas oscuras. Deberías mencionarle el tema a Zisko.

—¿Una idea tuya?

—Amiga mía, ¿acaso Miguel Ángel trabajaba solo? ¿Acaso Da Vinci no tenía colaboradores? ¿Y qué hay de Damien Hirst? ¿Crees que Hirst se mancha un solo dedo? —reflexionó Silvestre—. El mundo moderno es para la gente que trabaja en equipo.

Una planta más abajo, junto al lobby, alguien había convertido el snack-bar en una especie de discoteca. Un enorme ventanal asomaba al jardín del hotel, que presentaba un aspecto violáceo bajo la luz del crepúsculo. Los fornidos hombretones del equipo de seguridad vigilaban la entrada, abierta de par en par, asegurándose de que la fiesta continuaba siendo privada. Una limusina se detuvo frente a la entrada y de ella se apeó Gaby Zisko, que saludó efusivamente a cuanto conocido le salió al paso.

En la barra, los camareros picaban hielo, machacaban hierbabuena o mezclaban bebidas mediante espectaculares juegos malabares con las cocteleras. La gente más importante se había

sentado en sillones reservados con mesas de centro repletas de botellas, cubiteras y bengalas. Si había algo cierto sobre las fiestas de la publicación *FashionMag* era que sus invitados guardaban la compostura solo hasta el preciso instante en el que la ingesta de alcohol surtía efecto. Los hombres se despojaban de las corbatas, las mujeres se descalzaban y todo el mundo enloquecía sobre la improvisada pista de baile. Por no mencionar lo que ocurría dentro de los cuartos de baño.

Una adicta al bótox de unos sesenta años que respondía al nombre de Diana Baye lucía un vestido atrevido para lo que acostumbran las mujeres de su edad. La tal Baye no mostraba reparo en exhibir el perfecto trabajo que los cirujanos habían hecho con su escote. Diana era la propietaria de *FashionMag* y todo el mundo le rendía pleitesía.

—Hola, cariño —saludó Baye a Lucie—. Otro éxito más. La gente cada vez habla menos de la semana de la moda y cada vez más de nuestra pequeña celebración cuando concluyen los desfiles. ¿Has visto a Kate Moss?

—Me temo que no... —respondió Lucie.

—Tengo la impresión de que solo ha venido para el *photocall*, porque ya se ha marchado. Supongo que la rodearon demasiados babosos y babosas. ¿Sabes cuánto hemos tenido que aumentar el número de guardias de seguridad para que ella estuviera presente?

—No, no tengo ni idea.

—El doble. Nada menos que el doble. Y todo para que se haya marchado de la fiesta a los veinte minutos. Odio a las reinas del mambo. Por cierto, ¿ese vestido que llevas es un Zisko?

—Sí. Gaby es quien me llena el armario —sonrió Lucie.

—Te sienta francamente divino —admitió Baye—. Bueno, Lucie, te dejo. Me ha parecido ver a Paul Monroe por ahí. Voy a ver qué se cuenta ese pendón.